




Elizabeth Gaskell

La historia de la
Vieja Niñera



E LEJANDRIA



Elizabeth Gaskell

La historia de la
Vieja Niñera

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA HISTORIA DE LA VIEJA NIÑERA

ELIZABETH GASKELL

PUBLICADO: 1852

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: THE OLD NURSE'S STORY

LA HISTORIA DE LA VIEJA NIÑERA

Sabéis, queridos míos, que vuestra madre era huérfana e hija única; y me atrevería a decir que habréis oído que vuestro abuelo era clérigo allá en Westmoreland, de donde yo soy. Yo no era más que una niña de la escuela del pueblo cuando, un día, vuestra abuela vino a preguntar a la maestra si había alguna alumna que sirviera de niñera; y bien orgullosa que me sentí, os lo aseguro, cuando la maestra me llamó y dijo que yo era buena con la aguja, una muchacha formal y honrada, de padres muy respetables aunque pobres. Pensé que nada me gustaría tanto como servir a aquella hermosa joven señora, que se ruborizaba tanto como yo mientras hablaba del niño que iba a llegar y de lo que yo habría de hacer con él. Pero ya veo que esta parte de mi historia no os interesa tanto como lo que creéis que está por venir, así que os lo contaré sin más demora. Me contrataron y me instalé en la casa parroquial antes de que naciera Miss Rosamond (que era el bebé, y que ahora es vuestra madre). Bien es verdad que poco tuve que ver con ella cuando llegó, pues no salía nunca de los brazos de su madre y dormía junto a ella la noche entera; y orgullosa me sentía a veces cuando la señora me la confiaba. Nunca hubo criatura igual, ni antes ni después, aunque todos vosotros habéis sido bien hermosos cada uno a su tiempo; pero en dulzura y en encanto, ninguno habéis llegado a la altura de vuestra madre. Salió a su madre, que era una verdadera dama de nacimiento: una Miss Furnivall, nieta de Lord Furnivall, en Northumberland. Creo que no tenía ni hermanos ni hermanas, y se

había criado en la familia de mi señor hasta que se casó con vuestro abuelo, que no era más que un coadjutor, hijo de un tendero de Carlisle —pero todo un caballero, inteligente como el que más— y un trabajador incansable en su parroquia, que era muy extensa y estaba desperdigada por todos los Fells de Westmoreland. Cuando vuestra madre, la pequeña Miss Rosamond, tenía unos cuatro o cinco años, sus dos padres murieron en quince días, uno tras otro. ¡Ay, qué tiempo tan triste! Mi hermosa y joven señora y yo esperábamos otro niño cuando mi amo volvió a casa de una de sus largas cabalgadas, empapado y agotado, y contrajo las fiebres de las que murió; y ella ya nunca volvió a levantar cabeza, y apenas vivió para ver a su hijo muerto y tenerlo sobre el pecho antes de exhalar el último suspiro. Mi señora me había pedido, en su lecho de muerte, que no abandonara nunca a Miss Rosamond; pero, aunque no me hubiera dicho una sola palabra, yo habría seguido a aquella criatura hasta el fin del mundo.

Lo siguiente, antes de que hubiéramos apenas calmado nuestros sollozos, fue que llegaron los albaceas y tutores a arreglar los asuntos. Eran el propio primo de mi pobre y joven señora, Lord Furnivall, y Mr. Esthwaite, hermano de mi amo, tendero en Manchester; no tan acomodado entonces como llegó a serlo después, y con una numerosa familia que crecía a su alrededor. ¡En fin! No sé si fue cosa suya, o por una carta que mi señora escribió en su lecho de muerte a su primo, mi señor; pero el caso es que se dispuso que Miss Rosamond y yo fuéramos a Furnivall Manor House, en Northumberland; y mi señor habló como si hubiera sido deseo de su madre que viviera con su familia, y como si él no tuviera inconveniente, pues uno o dos más o menos no suponían diferencia alguna en una casa tan grande. Así que, aunque no era de aquel modo como yo habría querido que se mirase la llegada de mi alegre y preciosa niña —que era como un rayo de sol en cualquier familia, por encumbrada que fuese—, no me disgustó que toda la gente del valle se quedara mirando y admirada al saber que iba a ser doncella de la señorita en casa de mi Lord Furnivall, en Furnivall Manor.

Pero me equivocaba al pensar que íbamos a vivir donde vivía mi señor. Resultó que la familia había dejado Furnivall Manor House hacía cincuenta años o más. No conseguí averiguar que mi pobre y joven señora hubiera estado allí jamás, aunque se había criado en la familia; y eso me apenó, pues me habría gustado que la infancia de Miss Rosamond transcurriera donde había transcurrido la de su madre.

El ayuda de cámara de mi señor, a quien hice cuantas preguntas me atreví, dijo que la mansión estaba al pie de los Fells de Cumberland y que era un lugar muy señorial; que allí vivía una anciana Miss Furnivall, tía abuela de mi señor, con apenas unos pocos criados; pero que era un lugar muy saludable, y que mi señor había pensado que le sentaría muy bien a Miss Rosamond pasar allí unos años, y que su presencia quizá distrajera a su anciana tía.

Mi señor me ordenó tener listas las cosas de Miss Rosamond para cierto día. Era un hombre severo y orgulloso, como dicen que lo eran todos los Furnivall; y jamás decía una palabra más de las necesarias. La gente decía que había estado enamorado de mi joven señora; pero que ella, sabiendo que su padre se opondría, nunca le hizo caso y se casó con Mr. Esthwaite; aunque yo no lo sé. El caso es que él no se casó nunca. Pero nunca prestó mucha atención a Miss Rosamond, cosa que, pensé yo, podría haber hecho de haber querido a su difunta madre. Envió a su ayuda de cámara con nosotras a la mansión, ordenándole que se reuniera con él en Newcastle aquella misma tarde; de modo que no hubo gran tiempo para que nos presentara a todos aquellos desconocidos antes de que también él nos dejara; y allí quedamos, dos pobres criaturas solas (yo no tenía ni dieciocho años) en la gran y vieja mansión. Parece que fue ayer cuando llegamos allí en coche. Habíamos salido muy temprano de nuestra querida casa parroquial, y las dos habíamos llorado como si se nos partiera el corazón, aun viajando en el carruaje de mi señor, que tanto me había impresionado en otro tiempo. Y ahora era ya bien pasado el mediodía de un día de septiembre, y nos detuvimos a cambiar de caballos por última vez en un pueblucho lleno de humo, atestado de carboneros y mineros.

Miss Rosamond se había quedado dormida, pero Mr. Henry me dijo que la despertara, para que viese el parque y la mansión al acercarnos. Me pareció una lástima; pero hice lo que me mandó, por miedo a que se quejara de mí a mi señor. Habíamos dejado atrás todo rastro de ciudad, e incluso de aldea, y nos hallábamos ya dentro de las verjas de un parque grande y agreste, no como los parques de aquí, en el sur, sino con peñascos, y el rumor del agua que corría, y retorcidos espinos, y viejos robles, todos blancos y descortezados por la edad.

El camino subía unas dos millas, y entonces vimos una casa grande y majestuosa, con muchos árboles muy pegados a ella, tan pegados que en algunos puntos sus ramas rozaban los muros cuando soplaba el viento, y algunas colgaban partidas; pues nadie parecía cuidar mucho del lugar, ni podar la arboleda, ni mantener en orden la avenida cubierta de musgo. Solo delante de la casa estaba todo despejado. La gran avenida ovalada no tenía ni una mala hierba; y no se consentía que ni un árbol ni una enredadera crecieran sobre la larga fachada, llena de ventanas; a ambos lados de la cual sobresalía un ala, que eran cada una los extremos de otras fachadas laterales; pues la casa, aun tan desolada, era todavía más imponente de lo que yo esperaba. Detrás se alzaban los Fells, que parecían bastante abiertos y pelados; y a la izquierda de la casa, según se la miraba de frente, había un pequeño jardín de flores, anticuado, como descubrí más tarde. Una puerta daba a él desde la fachada oeste; lo habían arrancado al espeso y oscuro bosque para alguna anciana Lady Furnivall; pero las ramas de los grandes árboles del bosque habían crecido y vuelto a ensombrecerlo, y muy pocas flores prosperaban allí por entonces.

Cuando llegamos a la gran entrada principal y pasamos al vestíbulo, pensé que nos perderíamos: era tan amplio, tan vasto y tan majestuoso. Había una araña, toda de bronce, que colgaba del centro del techo; yo nunca había visto ninguna y la miraba pasmada. Luego, en un extremo del vestíbulo, había una gran chimenea, tan grande como las paredes de las casas de mi tierra, con macizos morillos para sostener la leña; y junto a ella había pesados sofás

anticuados. En el extremo opuesto del vestíbulo, a la izquierda según se entraba —en el lado oeste—, había un órgano empotrado en la pared, tan grande que ocupaba la mayor parte de aquel extremo. Más allá, en el mismo lado, había una puerta; y enfrente, a cada lado de la chimenea, había también puertas que conducían a la fachada este; pero por esas nunca pasé mientras estuve en la casa, así que no puedo decir qué había al otro lado.

La tarde se cerraba, y el vestíbulo, en el que no habían encendido fuego, se veía oscuro y lúgubre; pero no nos quedamos allí ni un momento. El viejo criado, que nos había abierto la puerta, hizo una reverencia a Mr. Henry, nos hizo pasar por la puerta del otro lado del gran órgano y nos condujo a través de varias salas y pasillos más pequeños hasta el salón de poniente, donde, según dijo, estaba sentada Miss Furnivall. La pobre Miss Rosamond se agarraba muy fuerte a mí, como asustada y perdida en aquel lugar enorme; y, en cuanto a mí, no estaba yo mucho mejor. El salón de poniente tenía un aspecto muy acogedor, con un buen fuego encendido y abundante mobiliario cómodo y bueno. Miss Furnivall era una anciana que rondaría los ochenta, diría yo, aunque no lo sé. Era delgada y alta, y tenía un rostro tan lleno de finas arrugas como si se las hubieran trazado por toda la cara con la punta de una aguja. Sus ojos estaban muy alerta, para compensar, supongo, lo sorda que era, hasta el punto de verse obligada a usar trompetilla. Sentada con ella, trabajando en el mismo gran tapiz, estaba Mrs. Stark, su doncella y dama de compañía, casi tan vieja como ella. Había vivido con Miss Furnivall desde que ambas eran jóvenes, y ahora parecía más una amiga que una sirvienta; tenía un aire tan frío, tan gris y tan pétreo, como si nunca hubiera amado ni se hubiera preocupado por nadie; y no creo que se preocupara por nadie, salvo por su señora; y, debido a la gran sordera de esta, Mrs. Stark la trataba poco menos que como a una niña. Mr. Henry transmitió algún recado de mi señor, y luego se despidió de todas nosotras con una reverencia —sin hacer caso de la manita tendida de mi dulce Miss Rosamond— y nos dejó allí plantadas, observadas por las dos ancianas a través de sus anteojos.

Bien contenta me puse cuando llamaron al viejo lacayo que nos había hecho pasar al principio y le mandaron llevarnos a nuestras habitaciones. Así que salimos de aquel gran salón, pasamos a otra salita, salimos de ella, subimos luego una gran escalinata y recorrimos una amplia galería —que era algo así como una biblioteca, con libros a todo lo largo de un lado y ventanas y escritorios a todo lo largo del otro— hasta llegar a nuestras habitaciones, que no me apenó saber que estaban justo encima de las cocinas; pues empezaba a temer que me perdería en aquel desierto de casa. Había un viejo cuarto de los niños, que tiempo atrás habían usado todos los pequeños lores y damas, con un agradable fuego ardiendo en la rejilla, el hervidor borboteando a un lado del hogar y el servicio de té dispuesto sobre la mesa; y de aquella habitación se salía al dormitorio infantil, con una pequeña cuna para Miss Rosamond junto a mi cama. Y el viejo James llamó a Dorothy, su esposa, para que nos diera la bienvenida; y tanto él como ella fueron tan hospitalarios y amables que, al poco, Miss Rosamond y yo nos sentimos como en casa; y, para cuando terminó el té, ella estaba sentada en las rodillas de Dorothy, parlotando tan deprisa como le daba su lengüecita. Pronto descubrí que Dorothy era de Westmoreland, y eso nos unió, por así decir; y nunca desearía encontrar gente más bondadosa que el viejo James y su esposa. James había vivido casi toda su vida al servicio de la familia de mi señor, y pensaba que no había nadie tan ilustre como ellos. Hasta miraba un poco por encima del hombro a su esposa, porque, hasta que se casó con ella, ella nunca había vivido sino en casa de un granjero. Pero la quería mucho, y bien podía quererla. Tenían a una sirvienta a sus órdenes para hacer todo el trabajo pesado. Agnes la llamaban; y ella y yo, y James y Dorothy, con Miss Furnivall y Mrs. Stark, componíamos toda la casa; isin olvidar nunca a mi dulce Miss Rosamond! Yo solía preguntarme qué habrían hecho antes de que ella llegara, tanto la apreciaban ahora. Cocina o salón, lo mismo daba. La dura y triste Miss Furnivall, y la fría Mrs. Stark, se mostraban complacidas cuando ella entraba revoloteando como un pájaro, jugando y haciendo travesuras de acá para allá, con un murmullo continuo y un bonito parloteo de alegría. Estoy segura de

que muchas veces lamentaban que se escabullera a la cocina, aunque eran demasiado orgullosas para pedirle que se quedara con ellas, y les sorprendía un poco su gusto; aunque, bien mirado, como decía Mrs. Stark, no era de extrañar, recordando de qué casta venía su padre. La gran casona vieja y laberíntica era un sitio estupendo para la pequeña Miss Rosamond. Hacía expediciones por toda ella, conmigo pegada a sus talones: por todas partes, salvo el ala este, que nunca se abría y a la que jamás se nos ocurrió ir. Pero en la parte oeste y norte había muchas habitaciones agradables, llenas de cosas que para nosotras eran curiosidades, aunque tal vez no lo fueran para quien hubiera visto más mundo. Las ventanas estaban oscurecidas por las ramas barredoras de los árboles y por la hiedra que las había cubierto; pero, en aquella penumbra verde, alcanzábamos a ver viejos jarrones de porcelana y cajas de marfil talladas, y grandes libros pesados, y, sobre todo, ilos viejos cuadros!

Una vez, lo recuerdo, mi tesoro se empeñó en que Dorothy nos acompañara para decirnos quiénes eran todos; pues eran todos retratos de miembros de la familia de mi señor, aunque Dorothy no sabía decirnos el nombre de cada uno. Habíamos recorrido casi todas las habitaciones cuando llegamos al viejo salón de gala que había encima del vestíbulo, y allí estaba un retrato de Miss Furnivall; o, como la llamaban en aquellos tiempos, Miss Grace, pues era la hermana menor. ¡Qué belleza debió de ser! Pero con una expresión tan rígida y altiva, y tal desdén asomándole por los hermosos ojos, con las cejas apenas un poco arqueadas, como si se asombrara de que alguien tuviera la impertinencia de mirarla, y el labio curvado con desprecio hacia nosotras, allí plantadas, contemplándola. Llevaba un vestido como no había visto yo otro igual, pero que estaba muy de moda cuando ella era joven: un sombrero de un material blanco y suave, como de castor, calado un poco sobre las cejas, con un hermoso penacho de plumas que lo rodeaba por un lado; y su vestido de raso azul se abría por delante sobre un peto blanco acolchado.

—¡Vaya, vaya! —dije, cuando me hube saciado de mirar—. Toda carne es hierba, según dicen; pero ¿quién habría pensado, viéndola

ahora, que Miss Furnivall fue una belleza en toda regla?

—Sí —dijo Dorothy—. La gente cambia que da pena. Pero, si era verdad lo que solía decir el padre de mi amo, Miss Furnivall, la hermana mayor, era más hermosa que Miss Grace. Su retrato anda por aquí, en alguna parte; pero, si te lo enseño, no has de decir jamás, ni siquiera a James, que lo has visto. ¿Crees que la pequeña sabrá callar?

No estaba yo tan segura, porque era una niña tan dulce, tan atrevida y tan deslenguada, así que la puse a esconderse; y luego ayudé a Dorothy a dar la vuelta a un gran cuadro que estaba apoyado de cara a la pared y no colgado como los demás. Desde luego, superaba a Miss Grace en belleza; y, creo, también en orgullo desdeñoso, aunque en eso quizá fuera difícil decidir. Habría podido mirarlo una hora, pero Dorothy parecía medio asustada de habérmelo enseñado, lo volvió a su sitio a toda prisa y me mandó ir corriendo a buscar a Miss Rosamond, pues había por la casa algunos lugares feos a los que no le gustaría nada que fuera la niña. Yo era una muchacha valiente y animosa, y poco caso hice de lo que la vieja decía, pues me gustaba el escondite tanto como a cualquier niño de la parroquia; así que salí corriendo a buscar a mi pequeña.

A medida que avanzaba el invierno y los días se acortaban, a veces estaba casi segura de oír un ruido, como si alguien tocara el gran órgano del vestíbulo. No lo oía todas las noches; pero, sin duda, lo oía muy a menudo, por lo general cuando estaba sentada con Miss Rosamond, después de acostarla, quieta y callada en el dormitorio. Entonces solía oírlo retumbar y crecer a lo lejos. La primera noche, al bajar a cenar, pregunté a Dorothy quién había estado tocando música, y James dijo muy secamente que era una boba por confundir con música el susurro del viento entre los árboles; pero vi a Dorothy mirarlo con mucho temor, y Bessy, la moza de cocina, masculló algo entre dientes y se quedó muy pálida. Vi que mi pregunta no les gustaba, así que me callé hasta quedarme a solas con Dorothy, pues sabía que de ella podría sonsacar bastante. Así que, al día siguiente, aguardé mi momento, y la

engatusé y le pregunté quién era el que tocaba el órgano; pues sabía de sobra que era el órgano y no el viento, por más que hubiera callado ante James. Pero a Dorothy le habían dado la lección, os lo aseguro, y no logré sacarle ni una palabra. Entonces probé con Bessy, aunque siempre la había mirado un poco por encima del hombro, pues a mí se me tenía al nivel de James y Dorothy, y ella era poco más que su sirvienta. Y me dijo que nunca, nunca debía contarlo; y, si alguna vez lo contaba, jamás debía decir que ella me lo había dicho; pero que era un ruido muy extraño, y que ella lo había oído muchas veces, sobre todo en las noches de invierno y antes de las tormentas; y que la gente decía que era el viejo lord tocando el gran órgano del vestíbulo, igual que solía hacer cuando vivía; pero quién era el viejo lord, o por qué tocaba, y por qué tocaba precisamente en las tormentosas tardes de invierno, eso ni podía ni quería decírmelo. ¡En fin! Ya os dije que tenía un corazón valiente; y me parecía hasta agradable tener aquella música grandiosa rodando por la casa, fuera quien fuese el que tocaba; pues ya se elevaba por encima de las grandes ráfagas de viento, y gemía y triunfaba igual que una criatura viva, y luego decaía hasta una suavidad absoluta, solo que siempre era música, y melodías, de modo que era un disparate llamarlo viento. Al principio pensé que tal vez fuera Miss Furnivall quien tocaba, sin que Bessy lo supiera; pero un día, estando yo sola en el vestíbulo, abrí el órgano y curioseé por dentro y alrededor, como había hecho una vez con el órgano de la iglesia de Crosthwaite, y vi que estaba todo roto y destrozado por dentro, aunque por fuera se veía tan vistoso y elegante; y entonces, aunque era pleno mediodía, se me empezó a poner un poco la carne de gallina, lo cerré y eché a correr a toda prisa hacia mi luminoso cuarto de los niños; y, durante algún tiempo después de aquello, no me gustó oír la música, igual que no les gustaba a James y Dorothy. Durante todo aquel tiempo, Miss Rosamond se hacía querer cada vez más. A las ancianas les gustaba que comiera con ellas en su temprana comida; James se colocaba detrás de la silla de Miss Furnivall, y yo detrás de la de Miss Rosamond, todo muy solemne; y, después de comer, ella jugaba en un rincón del gran salón, quieta como un ratón, mientras Miss Furnivall dormía y yo comía en la

cocina. Pero bien contenta venía luego a mí, al cuarto de los niños; pues, según decía, Miss Furnivall era tan triste, y Mrs. Stark tan sosa; pero ella y yo nos divertíamos de lo lindo; y, al cabo, dejé de preocuparme por aquella inquietante música ondulante, que ningún daño hacía a nadie, mientras no supiéramos de dónde venía.

Aquel invierno fue muy frío. A mediados de octubre comenzaron las heladas, que duraron muchas, muchas semanas. Recuerdo que un día, durante la comida, Miss Furnivall alzó sus ojos tristes y pesados y le dijo a Mrs. Stark, de un modo extraño y lleno de intención: —Me temo que vamos a tener un invierno terrible. Pero Mrs. Stark fingió no oírla y se puso a hablar muy alto de otra cosa. ¡A mi pequeña señorita y a mí la helada nos traía sin cuidado! Mientras estuvo seco, trepábamos por las escarpadas laderas que había detrás de la casa, subíamos a los Fells, bastante yermos y pelados, y allí echábamos carreras en el aire fresco y cortante; y una vez bajamos por un sendero nuevo que nos llevó junto a los dos viejos acebos retorcidos que crecían más o menos a media ladera, por el lado este de la casa. Pero los días se hacían más y más cortos, y el viejo lord, si era él, tocaba el gran órgano con cada vez más tormenta y más tristeza. Un domingo por la tarde —debía de ser hacia finales de noviembre— le pedí a Dorothy que se ocupara de la pequeña señorita cuando saliera del salón, después de que Miss Furnivall hubiera echado su siesta; pues hacía demasiado frío para llevarla conmigo a la iglesia, y, aun así, yo quería ir. Y Dorothy prometió de buena gana, y quería tanto a la niña que todo parecía en orden; y Bessy y yo nos pusimos en marcha muy animosas, aunque el cielo pendía pesado y negro sobre la tierra blanca, como si la noche no se hubiera marchado del todo, y el aire, aunque en calma, era muy penetrante.

—Va a caer nieve —me dijo Bessy. Y, en efecto, mientras estábamos en la iglesia, empezó a caer espesa, en grandes copos, tan espesa que casi oscureció las ventanas. Había dejado de nevar antes de que saliéramos, pero yacía blanda, espesa y profunda bajo nuestros pies mientras caminábamos a casa. Antes de llegar a la mansión, salió la luna, y creo que entonces había más claridad —

entre la luna y la nieve blanca y deslumbrante— que cuando fuimos a la iglesia, entre las dos y las tres. No os he dicho que Miss Furnivall y Mrs. Stark nunca iban a la iglesia; solían leer juntas las oraciones, a su manera callada y sombría; parecían sentir el domingo muy largo sin su labor de tapicería en que afanarse. Así que, cuando fui a la cocina a buscar a Dorothy para recoger a Miss Rosamond y subirla conmigo, no me extrañó mucho que la vieja me dijera que las damas se habían quedado con la niña, y que no había bajado a la cocina, como yo le había dicho, cuando se cansara de portarse bien en el salón. De modo que me quité las cosas y fui a buscarla para llevarla a cenar al cuarto de los niños. Pero, cuando entré en el salón principal, allí estaban las dos ancianas, muy quietas y silenciosas, soltando una palabra de cuando en cuando, pero con tal aire que se diría que nada tan alegre y luminoso como Miss Rosamond se les había acercado jamás. Aun así, pensé que tal vez se escondiera de mí; era una de sus gracias, y que las había convencido para que aparentaran no saber nada de ella; así que fui mirando con sigilo bajo este sofá y detrás de aquella silla, haciendo como que me asustaba mucho de no encontrarla.

—¿Qué te pasa, Hester? —dijo Mrs. Stark con sequedad. No sé si Miss Furnivall me había visto, pues, como os he dicho, era muy sorda, y permanecía del todo inmóvil, mirando ociosa el fuego con su rostro desesperanzado.

—Solo busco a mi pequeña Rosy Posy —contesté, creyendo todavía que la niña estaba allí, cerca de mí, aunque yo no la veía.

—Miss Rosamond no está aquí —dijo Mrs. Stark—. Se marchó hace más de una hora a buscar a Dorothy.

Y también ella se volvió y siguió mirando el fuego.

Se me cayó el alma a los pies, y empecé a desear no haber dejado nunca a mi tesoro. Volví con Dorothy y se lo conté. James había salido por el día, pero ella, y yo, y Bessy cogimos luces y subimos primero al cuarto de los niños; y luego recorrimos la gran casona, llamando y suplicando a Miss Rosamond que saliera de su escondite

y no nos matara del susto de aquel modo. Pero no hubo respuesta; ningún sonido.

—¡Oh! —dije al fin—, ¿se habrá metido en el ala este y se habrá escondido allí?

Pero Dorothy dijo que no era posible, pues ella misma no había entrado nunca allí; que las puertas estaban siempre cerradas con llave, y que el administrador de mi señor tenía las llaves, creía ella; en todo caso, ni ella ni James las habían visto jamás. Así que dije que volvería a ver si, después de todo, no estaba escondida en el salón, sin que las ancianas lo supieran; y, si la encontraba allí, dije, le daría una buena azotaina por el susto que me había dado; aunque nunca tuve intención de hacerlo. En fin, volví al salón de poniente y le dije a Mrs. Stark que no la encontrábamos por ninguna parte, y pedí permiso para mirar entre todos los muebles, pues pensaba ahora que tal vez se hubiera quedado dormida en algún rincón cálido y escondido; pero ¡no! Miramos —Miss Furnivall se levantó y miró, temblando de pies a cabeza— y no estaba en ningún sitio; entonces nos pusimos de nuevo en marcha, todos los de la casa, y miramos en todos los lugares en que ya habíamos buscado, pero no la encontramos. Miss Furnivall tiritaba y temblaba de tal modo que Mrs. Stark se la llevó de vuelta al cálido salón; pero no antes de que me hubieran hecho prometer que se la llevaría en cuanto la encontrara. ¡Ay de mí! Empezaba a pensar que nunca la encontraríamos cuando se me ocurrió mirar en el gran patio delantero, todo cubierto de nieve. Estaba arriba cuando miré por la ventana; pero había una luz de luna tan clara que pude ver, con toda nitidez, dos pequeñas huellas, que podían seguirse desde la puerta del vestíbulo y alrededor de la esquina del ala este. No sé cómo bajé, pero abrí de un tirón la gran y pesada puerta del vestíbulo y, echándome la falda del vestido sobre la cabeza a modo de capa, salí corriendo. Doblé la esquina del este, y allí una sombra negra caía sobre la nieve; pero, cuando volví a salir a la luz de la luna, allí estaban las pequeñas huellas, subiendo, subiendo hacia los Fells. Hacía un frío atroz; tan frío que el aire casi me arrancaba la piel de la cara mientras corría; pero seguí corriendo, llorando al pensar en lo

aterida y asustada que debía de estar mi pobre tesoro. Estaba ya a la vista de los acebos cuando vi a un pastor que bajaba la colina con algo en brazos, envuelto en su manta. Me dio una voz y me preguntó si había perdido a una criatura; y, cuando no pude hablar de tanto llorar, vino hacia mí, y vi a mi pequeña criaturita, inmóvil, blanca y rígida en sus brazos, como si estuviera muerta. Me dijo que había subido a los Fells a recoger sus ovejas, antes de que cayera el frío hondo de la noche, y que bajo los acebos (manchas negras en la ladera, donde no había otro arbusto en muchas millas a la redonda) había encontrado a mi pequeña señorita, mi corderita, mi reina, mi tesoro, rígida y fría en ese sueño terrible que engendra la helada. ¡Oh, la alegría y las lágrimas de tenerla de nuevo en mis brazos! Pues no quise dejar que la cargara él, sino que la tomé en mis propios brazos, con manta y todo, y la sostuve junto a mi cuello cálido y mi corazón, y sentí cómo la vida volvía poco a poco a sus tiernos miembros. Pero seguía sin sentido cuando llegamos a la mansión, y a mí no me quedaba aliento para hablar. Entramos por la puerta de la cocina.

—Trae el calentacamas —dije; y la subí en brazos y empecé a desvestirla junto al fuego del cuarto de los niños, que Bessy había mantenido encendido. La llamé con todos los nombres dulces y juguetones que se me ocurrieron, aun con los ojos cegados por las lágrimas; y al fin, ¡oh, por fin abrió sus grandes ojos azules! Entonces la metí en su cálida cama y mandé a Dorothy abajo a decirle a Miss Furnivall que todo iba bien; y decidí velar junto a la cama de mi tesoro la noche entera. Cayó en un sueño plácido en cuanto su linda cabeza tocó la almohada, y la velé hasta la luz de la mañana; cuando despertó despejada y lúcida —o así me lo pareció al principio—; y, queridos míos, así lo sigo creyendo ahora.

Dijo que se le había antojado ir a ver a Dorothy, pues las dos ancianas dormían y el salón estaba muy aburrido; y que, al cruzar el corredor de poniente, vio caer la nieve por el alto ventanal, caer, caer, suave y constante; pero ella quería verla posada, bonita y blanca, sobre el suelo; así que se encaminó al gran vestíbulo; y entonces, al acercarse a la ventana, la vio brillante y mullida sobre el

camino de entrada; pero, mientras estaba allí, vio a una niñita, no tan mayor como ella, «pero tan bonita», decía mi tesoro; «y esta niñita me hacía señas para que saliera; y, ¡oh!, era tan bonita y tan dulce que no pude hacer otra cosa que ir». Y entonces aquella otra niñita la había tomado de la mano, y, codo con codo, las dos habían doblado la esquina del este.

—Ahora eres una niña mala y andas contando cuentos —dije—. ¿Qué diría tu buena mamá, que está en el cielo y que nunca en su vida dijo una mentira, si oyera a su pequeña Rosamond —y a buen seguro que la oye— contar mentiras?

—De verdad, Hester —sollozó mi niña—, te estoy diciendo la verdad. De veras que sí.

—¡No me vengas con esas! —dije, muy severa—. Te seguí por las huellas en la nieve; solo se veían las tuyas; y, si hubieras tenido a una niñita yendo de la mano contigo cuesta arriba, ¿no crees que sus huellas habrían acompañado a las tuyas?

—No es culpa mía, querida, querida Hester —dijo llorando—, si no estaban; yo nunca le miré los pies, pero ella me sujetaba la mano fuerte, muy fuerte, con la suya pequeñita, y estaba muy, muy fría. Me llevó por el sendero de los Fells, hasta los acebos; y allí vi a una dama que lloraba y se lamentaba; pero, cuando me vio, contuvo el llanto, sonrió con mucho orgullo y mucha grandeza, me sentó en su regazo y empezó a arrullarme para que durmiera, y eso es todo, Hester... pero es verdad; y mi querida mamá sabe que lo es —dijo llorando.

Así que pensé que la niña tenía fiebre, y fingí creerla mientras repetía su historia, una y otra vez, y siempre la misma. Por fin Dorothy llamó a la puerta con el desayuno de Miss Rosamond, y me dijo que las ancianas estaban abajo, en el comedor, y que querían hablar conmigo. Las dos habían entrado en el dormitorio de la niña la noche anterior, pero fue después de que Miss Rosamond se durmiera; así que solo la habían mirado, sin hacerme ninguna pregunta.

«Me va a caer una buena», pensé para mis adentros mientras recorría la galería del norte. «Y, sin embargo —pensé, cobrando ánimo—, la dejé a su cargo; y son ellas las culpables de haberla dejado escabullirse sin que nadie lo supiera ni la vigilara». Así que entré con resolución y conté mi historia. Se la conté toda a Miss Furnivall, gritándosela al oído; pero, cuando llegué a la mención de la otra niña en la nieve, que la engatusaba y la tentaba para que saliera, y la atraía hacia la grandiosa y hermosa dama junto al acebo, levantó los brazos —sus viejos y marchitos brazos— y exclamó en voz alta: «¡Oh, que el Cielo nos perdone! ¡Ten piedad!».

Mrs. Stark la sujetó, con bastante brusquedad, me pareció; pero ya escapaba al dominio de Mrs. Stark, y me habló con una especie de advertencia desahogada y de autoridad.

—¡Hester! ¡Apártala de esa niña! ¡La arrastrará a la muerte! ¡Esa niña perversa! Dile que es una niña malvada y mala.

Entonces Mrs. Stark me sacó a toda prisa de la habitación, de la que, a decir verdad, bien contenta salí; pero Miss Furnivall seguía gritando: «¡Oh, ten piedad! ¿Es que nunca perdonarás? ¡De esto hace ya muchos, muchos años...!».

Quedé muy intranquila después de aquello. No me atrevía a dejar nunca a Miss Rosamond, ni de día ni de noche, por miedo a que volviera a escabullirse tras algún capricho u otro; tanto más cuanto que me parecía adivinar que Miss Furnivall estaba loca, por las cosas raras que pasaban en torno a ella; y temía que algo de la misma índole (que bien podía venir de familia, ya sabéis) se cerniera sobre mi tesoro. Y la gran helada no cesó en todo aquel tiempo; y, siempre que la noche era más tormentosa de lo habitual, entre las ráfagas y a través del viento oíamos al viejo lord tocar el gran órgano. Pero, fuera el viejo lord o no, allá donde iba Miss Rosamond, allí la seguía yo; pues mi amor por ella, huérfana indefensa y preciosa, era más fuerte que mi miedo a aquel sonido grandioso y terrible. Además, a mí me correspondía mantenerla alegre y contenta, como convenía a su edad. Así que jugábamos juntas y vagábamos juntas de aquí para allá, por todas partes; pues nunca me atreví a volver a perderla de

vista en aquella casa grande y laberíntica. Y así sucedió que una tarde, poco antes del día de Navidad, jugábamos las dos en la mesa de billar del gran vestíbulo (no es que supiéramos jugar como es debido, pero a ella le gustaba hacer rodar las lisas bolas de marfil con sus lindas manos, y a mí me gustaba hacer cuanto ella hacía); y, al cabo de un rato, sin que nos diéramos cuenta, oscureció dentro de la casa, aunque aún había luz al aire libre, y yo pensaba en llevarla de vuelta al cuarto de los niños cuando, de pronto, gritó:

—¡Mira, Hester! ¡mira! ¡ahí está mi pobre niñita, fuera, en la nieve!

Me volví hacia los ventanales largos y estrechos y, en efecto, allí vi a una niñita, más pequeña que mi Miss Rosamond, vestida de un modo del todo inapropiado para estar a la intemperie en una noche tan cruel, que lloraba y golpeaba los cristales como si quisiera que la dejaran entrar. Parecía sollozar y gemir, hasta que Miss Rosamond no pudo soportarlo más y voló hacia la puerta para abrirla cuando, de súbito y muy cerca de nosotras, el gran órgano resonó tan fuerte y atronador que me hizo temblar de veras; tanto más cuanto que recordé que, aun en el silencio de aquel tiempo de frío mortal, no había oído ningún ruido de manitas golpeando el cristal, por más que la niña fantasma pareciera emplear toda su fuerza; y, aunque la había visto gemir y llorar, ni el más leve sonido había llegado a mis oídos. No sé si recordé todo esto en aquel preciso instante; el sonido del gran órgano me había aturdido de tal modo en mi terror; pero esto sí sé: agarré a Miss Rosamond antes de que abriera la puerta del vestíbulo, la sujeté con fuerza y me la llevé, pataleando y chillando, a la cocina, grande y luminosa, donde Dorothy y Agnes andaban atareadas con sus pasteles de carne picada.

—¿Qué le pasa a mi tesoro? —exclamó Dorothy al verme entrar con Miss Rosamond, que sollozaba como si se le partiera el corazón.

—No me deja abrir la puerta para que entre mi niñita; y se morirá si pasa toda la noche fuera, en los Fells. ¡Hester cruel y mala! —dijo, dándome un manotazo; pero podría haberme pegado más fuerte, pues yo había visto en el rostro de Dorothy una expresión de espanto atroz que me heló la sangre en las venas.

—Cierra bien la puerta de la trascocina y échale el cerrojo —dijo a Agnes.

No dijo más; me dio pasas y almendras para calmar a Miss Rosamond; pero la niña sollozaba por la niñita de la nieve y no quiso probar ninguna de aquellas golosinas. Di gracias cuando se durmió en la cama de tanto llorar. Luego bajé a hurtadillas a la cocina y le dije a Dorothy que había tomado una decisión. Me llevaría a mi tesoro de vuelta a la casa de mi padre, en Applethwaite, donde, si vivíamos con humildad, vivíamos en paz. Le dije que ya había tenido bastante miedo con el órgano del viejo lord; pero que ahora, después de ver con mis propios ojos a aquella niñita que gemía, ataviada como ninguna niña de los alrededores podría estarlo, golpeando y aporreando para entrar, y siempre sin sonido ni ruido alguno, con la oscura herida en el hombro derecho; y que Miss Rosamond la había reconocido de nuevo como el fantasma que había estado a punto de arrastrarla a la muerte (cosa que Dorothy sabía cierta); no lo soportaría más.

Vi a Dorothy mudar de color una o dos veces. Cuando terminé, me dijo que no creía que pudiera llevarme a Miss Rosamond, pues era pupila de mi señor y yo no tenía ningún derecho sobre ella; y me preguntó si abandonaría a la niña que tanto quería solo por sonidos y visiones que no podían hacerme ningún daño, y a los que todos habían tenido que acostumbrarse a su debido tiempo. Yo estaba en un arrebató ardiente y tembloroso; y le dije que muy bien podía hablar ella, que sabía lo que aquellas visiones y aquellos ruidos presagiaban, y que quizá había tenido algo que ver con la niña espectral mientras vivía. Y tanto la pinché que al fin me contó todo lo que sabía; y entonces deseé que nunca me lo hubiera dicho, pues solo logró asustarme más que nunca.

Dijo que había oído la historia de viejos vecinos que vivían cuando ella se casó; cuando aún solía venir gente a la mansión de cuando en cuando, antes de que se ganara tan mala fama en toda la comarca: podía no ser verdad, o podía serlo, lo que le habían contado.

El viejo lord era el padre de Miss Furnivall... Miss Grace, como la llamaba Dorothy, pues Miss Maude era la mayor, y la Miss Furnivall por derecho. Al viejo lord lo consumía el orgullo. Jamás se vio ni se oyó hablar de hombre más soberbio; y sus hijas eran como él. Nadie era digno de desposarlas, aunque pretendientes no les faltaban; pues eran las grandes bellezas de su tiempo, como yo había visto por sus retratos, allí colgados en el salón de gala. Pero, como dice el viejo refrán, «la soberbia precede a la caída»; y aquellas dos altivas bellezas se enamoraron del mismo hombre, que no era más que un músico extranjero, a quien su padre había hecho venir de Londres para tocar música con él en la mansión. Pues, por encima de todo, después de su orgullo, el viejo lord amaba la música. Sabía tocar casi todos los instrumentos que se hayan oído jamás; y, cosa extraña, no lo ablandaba; pues era un viejo fiero y hosco, que había roto el corazón de su pobre esposa con su crueldad, según decían. Estaba loco por la música y pagaba por ella cualquier suma. Así que logró que viniera aquel extranjero, que hacía una música tan hermosa que, según decían, hasta los mismos pájaros de los árboles dejaban de cantar para escuchar. Y, poco a poco, aquel caballero extranjero adquirió tal influencia sobre el viejo lord que este no se conformaba con menos que con que viniera todos los años; y fue él quien hizo traer de Holanda el gran órgano, y lo mandó montar en el vestíbulo, donde ahora se alzaba. Le enseñó al viejo lord a tocarlo; pero muchas, muchísimas veces, cuando Lord Furnivall no pensaba en otra cosa que en su magnífico órgano y en su música aún más magnífica, el oscuro extranjero paseaba por los bosques con una de las jóvenes señoritas: tan pronto Miss Maude como Miss Grace.

Miss Maude se llevó la victoria y el premio, tal cual era; y él y ella se casaron, sin que nadie lo supiera; y, antes de que él hiciera su siguiente visita anual, ella había dado a luz una niña en una granja de los páramos, mientras su padre y Miss Grace la creían en las carreras de Doncaster. Pero, aunque era esposa y madre, no se había ablandado ni pizca, sino que seguía tan altiva y apasionada como siempre; y quizá más aún, pues estaba celosa de Miss Grace, a quien su marido extranjero hacía mucha corte —para despistar,

como le decía a su esposa—. Pero Miss Grace triunfaba sobre Miss Maude, y Miss Maude se volvía cada vez más fiera, tanto con su marido como con su hermana; y el primero —que podía desentenderse con facilidad de lo que le resultaba molesto y esconderse en países extranjeros— se marchó aquel verano un mes antes de lo acostumbrado, medio amenazando con no volver jamás. Entretanto, la niña quedaba en la granja, y su madre hacía ensillar su caballo y galopaba como una loca por las colinas para verla al menos una vez por semana; pues donde amaba, amaba, y donde odiaba, odiaba. Y el viejo lord seguía tocando, tocando su órgano; y los criados pensaban que la dulce música que producía había aplacado su espantoso genio, del que (decía Dorothy) podrían contarse historias terribles. Se volvió achacoso, además, y tuvo que andar con muleta; y su hijo —el padre del actual Lord Furnivall— estaba con el ejército en América, y el otro hijo en el mar; de modo que Miss Maude hacía poco menos que lo que se le antojaba, y ella y Miss Grace se volvían más frías y más amargas la una con la otra cada día; hasta que al final apenas se hablaban, salvo cuando el viejo lord estaba presente. El músico extranjero volvió al verano siguiente, pero fue la última vez; pues le dieron tan mala vida con sus celos y sus pasiones que se hartó, se marchó y nunca más se supo de él. Y Miss Maude, que siempre había pensado hacer reconocer su matrimonio cuando muriera su padre, quedó ahora convertida en una esposa abandonada, de quien nadie sabía que se hubiera casado, con una hija que no se atrevía a reconocer aunque la quería con locura; viviendo con un padre al que temía y una hermana a la que odiaba. Cuando pasó el verano siguiente y el oscuro extranjero no apareció, tanto Miss Maude como Miss Grace se tornaron sombrías y tristes; tenían un aire demacrado, aunque seguían tan hermosas como siempre. Pero, al cabo, Miss Maude se animó; pues su padre se volvía cada vez más achacoso, y más que nunca arrebatado por su música, y ella y Miss Grace vivían casi por completo separadas, en habitaciones distintas, la una en el lado oeste, Miss Maude en el este... aquellas mismas habitaciones que ahora estaban cerradas. Así que pensó que podría tener consigo a su niña, sin que nadie tuviera por qué enterarse, salvo quienes no se

atrevían a hablar de ello y estaban obligados a creer que era, como ella decía, la hija de un aldeano por la que había tomado cariño. Todo esto, decía Dorothy, era bastante sabido; pero lo que vino después no lo sabía nadie, salvo Miss Grace y Mrs. Stark, que ya entonces era su doncella, y mucho más amiga suya de lo que jamás lo había sido su hermana. Pero los criados suponían, por palabras que se les escapaban, que Miss Maude había triunfado sobre Miss Grace y le había dicho que, todo aquel tiempo en que el oscuro extranjero la había estado engañando con un amor fingido, era su propio marido. El color abandonó para siempre, aquel mismo día, las mejillas y los labios de Miss Grace, y se la oyó decir muchas veces que, tarde o temprano, se vengaría; y Mrs. Stark andaba siempre espiando por las habitaciones del este.

Una noche espantosa, justo después de entrar el Año Nuevo, cuando la nieve yacía espesa y profunda y los copos seguían cayendo —tan deprisa que cegarían a cualquiera que anduviera fuera, a la intemperie—, se oyó un ruido enorme y violento, y por encima de todo la voz del viejo lord, maldiciendo y blasfemando de un modo atroz, y los gritos de una niña pequeña, y el altivo desafío de una mujer fiera, y el sonido de un golpe, y un silencio mortal, y gemidos y lamentos que se apagaban en la ladera. Entonces el viejo lord convocó a todos sus criados y les dijo, con juramentos terribles y palabras más terribles aún, que su hija se había deshonrado, y que la había echado de casa —a ella y a su hija—, y que, si alguna vez le daban ayuda, comida o cobijo, rogaba que jamás entraran en el cielo. Y, todo el tiempo, Miss Grace permaneció junto a él, blanca y quieta como una piedra; y, cuando él terminó, ella exhaló un gran suspiro, como dando a entender que su obra estaba hecha y su propósito cumplido. Pero el viejo lord no volvió a tocar nunca su órgano, y murió antes de que acabara el año; ¡y no era de extrañar! Pues, a la mañana siguiente de aquella noche salvaje y pavorosa, los pastores, que bajaban por la ladera del Fell, encontraron a Miss Maude sentada bajo los acebos, loca de remate y sonriendo, acunando a una niña muerta con una marca terrible en el hombro derecho.

—Pero no fue eso lo que la mató —dijo Dorothy—; fue la helada y el frío. ¡Todas las criaturas salvajes estaban en sus madrigueras, y todas las reses en sus rediles, mientras a la niña y a su madre las echaban a vagar por los Fells! ¡Y ahora ya lo sabes todo! Y me pregunto si estarás menos asustada ahora.

Yo estaba más asustada que nunca; pero dije que no. Deseaba ver a Miss Rosamond y a mí mismas bien lejos de aquella casa horrible para siempre; pero no quería abandonarla, y no me atrevía a llevármela. Pero, ¡oh, cómo la vigilaba y la guardaba! Echábamos el cerrojo a las puertas y cerrábamos bien los postigos una hora o más antes de anochecer, antes que dejarlos abiertos cinco minutos de más. Pero mi pequeña señorita seguía oyendo a la niña fantasmal llorar y lamentarse; y nada de cuanto hiciéramos o dijéramos lograba quitarle las ganas de ir hacia ella y dejarla entrar del viento y la nieve crueles. Durante todo aquel tiempo me mantuve apartada de Miss Furnivall y Mrs. Stark cuanto pude; pues les tenía miedo... sabía que nada bueno podía rondarlas, con sus rostros grises y duros y sus ojos soñadores, vueltos hacia los años espantosos que ya habían pasado. Pero, aun en mi miedo, sentía una especie de lástima por Miss Furnivall, al menos. Los que han descendido a la fosa difícilmente podrían tener una mirada más desesperanzada que la que siempre había en su rostro. Al final llegué a sentir tanta pena por ella —que nunca decía una palabra que no le fuera arrancada a la fuerza— que recé por ella; y enseñé a Miss Rosamond a rezar por quien había cometido un pecado mortal; pero a menudo, al llegar a aquellas palabras, ella se quedaba escuchando, se levantaba de golpe de sus rodillas y decía: —Oigo a mi niñita quejarse y llorar, muy triste... ¡oh, dejadla entrar, o morirá!

Una noche —justo después de que por fin llegara el día de Año Nuevo, y el largo invierno hubiera dado un giro, según yo esperaba — oí sonar tres veces la campanilla del salón de poniente, que era la señal para mí. No quería dejar sola a Miss Rosamond, aunque estuviera dormida —pues el viejo lord había tocado más desaforado que nunca—, y temía que mi tesoro despertara y oyera a la niña spectral; verla, sabía que no podría. Había cerrado demasiado bien

las ventanas para eso. Así que la saqué de la cama, la envolví en la ropa de abrigo que tenía más a mano y la bajé al salón, donde las ancianas estaban sentadas con su labor de tapicería, como de costumbre. Alzaron la vista cuando entré, y Mrs. Stark preguntó, del todo atónita, por qué traía a Miss Rosamond allí, fuera de su cálida cama. Había empezado a susurrar «porque temía que la niña salvaje de la nieve la tentara a salir mientras yo estaba fuera» cuando me cortó en seco (con una mirada a Miss Furnivall) y dijo que Miss Furnivall quería que deshiciera una labor que había hecho mal y que ninguna de las dos acertaba a descoser. Así que tendí a mi preciosa niña en el sofá, me senté en un taburete junto a ellas y endurecí mi corazón contra ellas, mientras oía el viento levantarse y aullar.

Miss Rosamond seguía durmiendo profundamente, por más que soplara el viento; y Miss Furnivall no dijo ni una palabra, ni volvió la cabeza cuando las ráfagas sacudían las ventanas. De repente se irguió cuan alta era y levantó una mano, como mandándonos escuchar.

—¡Oigo voces! —dijo—. ¡Oigo gritos espantosos... oigo la voz de mi padre!

Justo en aquel instante mi tesoro despertó con un sobresalto repentino: —¡Mi niñita está llorando, oh, cómo llora! —y trató de levantarse e ir hacia ella, pero se le enredaron los pies en la manta, y yo la cogí en brazos; pues a mí se me había empezado a poner la carne de gallina con aquellos ruidos que ellas oían mientras nosotras no captábamos sonido alguno. Al cabo de uno o dos minutos los ruidos llegaron, se agolparon de prisa y nos llenaron los oídos; también nosotras oímos voces y gritos, y dejamos de oír el viento invernal que bramaba fuera. Mrs. Stark me miró, y yo a ella, pero no nos atrevimos a hablar. De súbito, Miss Furnivall se dirigió a la puerta, salió a la antesala, cruzó el corredor de poniente y abrió la puerta que daba al gran vestíbulo. Mrs. Stark la siguió, y yo no me atreví a quedarme atrás, aunque el corazón casi me dejaba de latir de miedo. Envolví bien a mi tesoro entre mis brazos y salí con ellas. En el vestíbulo los gritos eran más fuertes que nunca; parecían venir

del ala este, cada vez más cerca, justo al otro lado de las puertas cerradas con llave, justo detrás de ellas. Entonces reparé en que la gran araña de bronce parecía toda encendida, aunque el vestíbulo estaba en penumbra, y en que un fuego ardía en el vasto hogar, aunque no daba calor; y me estremecí de terror, y estreché a mi tesoro más fuerte contra mí. Pero, al hacerlo, la puerta del este se sacudió, y ella, debatiéndose de pronto por soltarse de mí, gritó:

—¡Hester! Tengo que ir. Mi niñita está ahí, la oigo; ¡ya viene!
¡Hester, tengo que ir!

La sujeté con todas mis fuerzas; con voluntad firme, la sujeté. Aunque hubiera muerto, mis manos habrían seguido aferrándola, tan resuelta estaba en mi ánimo. Miss Furnivall escuchaba inmóvil, sin prestar atención a mi tesoro, que había bajado al suelo y a quien yo, de rodillas ya, sujetaba con ambos brazos ceñidos en torno a su cuello; ella seguía forcejeando y llorando por liberarse.

De repente, la puerta del este cedió con un estrépito atronador, como abierta de golpe en un arrebato violento, y en aquella luz amplia y misteriosa apareció la figura de un anciano alto, de cabello gris y ojos relucientes. Empujaba ante sí, con repetidos gestos implacables de aborrecimiento, a una mujer severa y hermosa, con una niña pequeña aferrada a su vestido.

—¡Oh, Hester! ¡Hester! —gritó Miss Rosamond—. ¡Es la dama! ¡la dama de debajo de los acebos; y mi niñita está con ella! ¡Hester! ¡Hester! déjame ir con ella; me atraen hacia ellas. Las siento... las siento. ¡Tengo que ir!

De nuevo casi le daban convulsiones por el esfuerzo de escapar; pero yo la sujetaba más y más fuerte, hasta temer hacerle daño; pero antes eso que dejarla ir hacia aquellos fantasmas terribles. Avanzaron hacia la gran puerta del vestíbulo, donde los vientos aullaban y se encarnizaban por su presa; pero, antes de llegar a ella, la dama se volvió; y pude ver que desafiaba al anciano con un desafío fiero y altivo; pero entonces se acobardó... y entonces

levantó los brazos, desesperada y suplicante, para salvar a su hija — a su pequeña hija— de un golpe de la muleta que él había alzado.

Y a Miss Rosamond la arrastraba como un poder más fuerte que el mío, y se retorció en mis brazos, y sollozaba (pues a esas alturas la pobrecita iba desfalleciendo).

—Quieren que vaya con ellas a los Fells... me atraen hacia ellas. ¡Oh, mi niñita! Yo iría, pero la cruel y malvada Hester me sujeta muy fuerte.

Pero, cuando vio la muleta alzada, se desmayó, y yo se lo agradecí a Dios. Justo en aquel momento —cuando el anciano alto, con el cabello ondeando como en el soplo de un horno, iba a golpear a la pequeña niña que se encogía—, Miss Furnivall, la anciana que estaba a mi lado, exclamó: —¡Oh, padre! ¡padre! ¡perdona a la pobre niña inocente!

Pero justo entonces vi —todas lo vimos— cómo otro fantasma tomaba forma y se perfilaba con nitidez a partir de la luz azulada y brumosa que llenaba el vestíbulo; no la habíamos visto hasta entonces, pues era otra dama la que estaba junto al anciano, con una expresión de odio implacable y desdén triunfante. Aquella figura era muy hermosa de ver, con un suave sombrero blanco calado sobre la altiva frente, y un labio rojo y curvado. Vestía un traje abierto de raso azul. Yo había visto antes aquella figura. Era el vivo retrato de Miss Furnivall en su juventud; y los terribles fantasmas siguieron avanzando, sin atender a la enloquecida súplica de la anciana Miss Furnivall... y la muleta alzada cayó sobre el hombro derecho de la niña, mientras la hermana menor miraba, pétrea y de una serenidad mortal. Pero en aquel instante, las luces mortecinas y el fuego que no daba calor se apagaron por sí solos, y Miss Furnivall quedó tendida a nuestros pies, fulminada por la perlesía... herida de muerte.

¡Sí! La llevaron a su cama aquella noche para no volver a levantarse jamás. Yacía con el rostro vuelto hacia la pared, musitando en voz baja, pero musitando sin cesar: «¡Ay! ¡Ay! ¡Lo que

se hace en la juventud no puede deshacerse en la vejez! ¡Lo que se hace en la juventud no puede deshacerse en la vejez!».

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB